

Bertrand Russell DISCURSO DE ACEPTACIÓN DEL PREMIO NOBEL
11 de diciembre de 1950

¿Qué deseos son políticamente importantes?

Traducción: Osvaldo Carnero

ocarnero@gmail.com

08 / 03 / 2018

Su Alteza Real, Señoras y Señores:

He elegido este tema para mi conferencia de esta noche porque creo que la mayoría de las discusiones actuales sobre política y teoría política no tienen suficientemente en cuenta la psicología. Los hechos económicos, las estadísticas de población, la organización constitucional, etc., se exponen minuciosamente. No hay dificultad en averiguar cuántos sudcoreanos y cuántos norcoreanos había cuando comenzó la Guerra de Corea. Si usted busca los libros correctos, podrá determinar cuál fue su ingreso promedio per capita y cuáles fueron los tamaños de sus respectivos ejércitos. Pero si quiere saber qué tipo de persona es un coreano, y si existe alguna diferencia apreciable entre un norcoreano y un sudcoreano; si desea saber lo que quiere de la vida, cuáles son sus descontentos, cuáles son sus esperanzas y sus temores; en una palabra, qué es lo que, como se dice, «lo hace funcionar», buscarán en vano en los libros de referencia. Por lo tanto, no se puede decir si los sudcoreanos están entusiasmados con la ONU, o si preferirían unirse con sus primos del Norte. Tampoco pueden adivinar si están dispuestos a renunciar a la reforma agraria por el privilegio de votar por algún político del que nunca han oído hablar. Es el descuido de tales preguntas por parte de los eminentes hombres que se sientan en las capitales remotas, lo que tan frecuentemente causa desilusión. Para que la política se convierta en científica, y para que el evento no sea constantemente sorprendente, es imperativo que nuestro pensamiento político penetre más profundamente en los resortes de la acción humana. ¿Cuál es la influencia del hambre sobre los lemas? ¿Cómo fluctúa su efectividad con la cantidad de calorías en su dieta? Si un hombre le ofrece democracia y otro le ofrece una bolsa de granos, ¿en qué etapa de la inanición preferirá el grano a la votación? Estas preguntas son muy poco consideradas. Sin embargo, olvidemos, por el momento, a los coreanos y consideremos a la raza humana.

Toda actividad humana es impulsada por el deseo. Existe una teoría totalmente falaz propuesta por algunos moralistas serios al efecto de que es posible resistir el deseo en interés del deber y del principio moral. Digo que esto es falaz, no porque ningún hombre actúe por un sentido del deber, sino porque el deber no lo impulsa a menos que desee ser obediente. Si desea saber qué harán los hombres, debe conocer no sólo, o principalmente, sus circunstancias materiales, sino más bien todo el sistema de sus deseos con sus fortalezas relativas.

Hay algunos deseos que, aunque muy poderosos, no tienen, por regla general, gran importancia política. La mayoría de los hombres en algún momento de sus vidas desean casarse, pero como regla pueden satisfacer este deseo sin tener que tomar ninguna acción política. Hay, por supuesto, excepciones; el rapto de las Sabinas es un buen ejemplo. Y el desarrollo del norte de Australia se ve gravemente obstaculizado por el hecho de que a los vigorosos jóvenes que deberían hacer el trabajo les disgusta estar totalmente privados de

compañía femenina. Pero tales casos son inusuales y, en general, el interés que los hombres y las mujeres tienen entre sí tiene poca influencia en la política.

Los deseos que son políticamente importantes se pueden dividir en un grupo primario y un grupo secundario. En el grupo primario, vienen las necesidades de la vida: comida y refugio y vestimenta. Cuando estas cosas se vuelven muy escasas, no hay límite para los esfuerzos que los hombres harán, o para la violencia que mostrarán, con la esperanza de asegurarlos. Los estudiantes de la historia más antigua dicen que, en cuatro ocasiones distintas, la sequía en Arabia provocó que la población de ese país se desbordara hacia las regiones circundantes, con efectos inmensos, políticos, culturales y religiosos. La última de estas cuatro ocasiones fue el surgimiento del Islam. La extensión gradual de las tribus germánicas desde el sur de Rusia a Inglaterra, y de allí a San Francisco, tuvo motivos similares. Sin dudas, el deseo de comer ha sido, y sigue siendo, una de las principales causas de grandes eventos políticos.

Pero el hombre difiere de otros animales en un aspecto muy importante, y es que tiene algunos deseos que son, por así decirlo, infinitos, que nunca pueden ser plenamente gratificados, y que lo mantendrían inquieto incluso en el Paraíso. La boa constrictora, cuando ha comido lo suficiente, se va a dormir y no se despierta hasta que necesita otra comida. Los seres humanos, en su mayor parte, no son así. Cuando los árabes, que habían estado acostumbrados a vivir con escasez en varias ocasiones, adquirieron las riquezas del Imperio Romano de Oriente y vivieron en palacios de un lujo casi increíble, por ese motivo no se volvieron inactivos. El hambre ya no podía ser un motivo, porque los esclavos griegos les proporcionaban viandas exquisitas a la menor inclinación de cabeza. Pero otros deseos los mantuvieron activos: cuatro en particular, que podemos etiquetar como codicia, rivalidad, vanidad y amor al poder.

Codicia - el deseo de poseer la mayor cantidad posible de bienes, o el título de los bienes - es un motivo que, supongo, tiene su origen en una combinación de miedo con el deseo de lo necesario. Una vez me hice amigo de dos niñas pequeñas de Estonia, que habían escapado por poco de la muerte por inanición en una hambruna. Ellas vivían con mi familia y, por supuesto, tenían mucho para comer. Pero pasaron todo el tiempo visitando granjas vecinas y robando papas, que acumularon. Rockefeller, que en su infancia había experimentado una gran pobreza, pasó su vida adulta de manera similar. Del mismo modo, los jefes árabes en sus divanes bizantinos de seda no podían olvidar el desierto y atesoraron riquezas mucho más allá de cualquier posible necesidad física. Pero cualquiera que sea el psicoanálisis de la codicia, nadie puede negar que es uno de los grandes motivos, especialmente entre los más poderosos, porque, como dije antes, es uno de los motivos infinitos. Por mucho que uno pueda adquirir, siempre deseará adquirir más; la saciedad es un sueño que siempre se eludirá.

Pero la codicia, aunque es la fuente principal del sistema capitalista, de ninguna manera es el más poderoso de los motivos que sobreviven a la conquista del hambre. La rivalidad es un motivo mucho más fuerte. Una y otra vez en la historia mahometana, las dinastías se han visto afectadas porque los hijos de un sultán de madres diferentes no pudieron ponerse de acuerdo, y en la guerra civil resultante se produjo la ruina universal. El mismo tipo de cosas sucede en la Europa moderna. Cuando el gobierno británico imprudentemente permitió al

Kaiser estar presente en un desfile naval en Spithead, el pensamiento que surgió en su mente no era el que habíamos pretendido. Lo que él pensó era: «¡Debo tener una Armada tan buena como la de la Gran Siete!». Y de este pensamiento surgieron todos nuestros problemas posteriores. El mundo sería un lugar más feliz de lo que es si la codicia siempre fuera más fuerte que la rivalidad. Pero, de hecho, muchos hombres se enfrentarán alegremente al empobrecimiento si pueden de ese modo asegurar la completa ruina de sus rivales. De ahí el nivel actual de los impuestos.

La vanidad es un motivo de inmensa potencia. Cualquiera que tenga mucho trato con los niños sabe cómo están constantemente actuando alguna payasada y diciendo: «mírame». «Mírame» es uno de los deseos más fundamentales del corazón humano. Puede tomar innumerables formas, desde la bufonada hasta la búsqueda de la fama póstuma. Hubo un pequeño príncipe italiano del Renacimiento a quien el sacerdote le preguntó en su lecho de muerte si tenía algo de qué arrepentirse. «Sí», dijo, «hay una cosa. En una ocasión, recibí la visita del Emperador y del Papa simultáneamente. Los llevé a la cima de mi torre para ver el paisaje, y perdí la oportunidad de arrojarlos a los dos, lo que me hubiera dado una fama inmortal». La historia no relata si el sacerdote le dio la absolución. Uno de los problemas de la vanidad es que crece con lo que se alimenta. Cuanto más se hable de ti, más querrás que se hable de ti. El asesino condenado, al que se le permite ver el relato de su juicio en la prensa, se indigna si encuentra un periódico que lo haya informado de manera inadecuada. Y cuanto más encuentre sobre sí mismo en otros periódicos, más indignado estará con aquellos cuyos informes son escasos. Los políticos y los literatos están en el mismo caso. Y cuanto más famosos se vuelven, más difícil le resulta a la agencia de prensa satisfacerlos. Es casi imposible exagerar la influencia de la vanidad en toda la gama de la vida humana, desde el niño de tres años hasta el potentado ante cuyo ceño fruncido tiembla el mundo. La humanidad incluso ha cometido la impiedad de atribuir deseos similares a la Deidad, a quien imaginan ávida de alabanza continua.

Pero por grande que sea la influencia de los motivos que hemos estado considerando, hay uno que los supera a todos. Me refiero al amor por el poder. El amor al poder se asemeja mucho a la vanidad, pero de ninguna manera es lo mismo. Lo que la vanidad necesita para su satisfacción es la gloria, y es fácil tener la gloria sin poder. Las personas que disfrutan de la mayor gloria en los Estados Unidos son las estrellas de cine, pero pueden ser reemplazadas por el Comité de Actividades Antiamericanas, que no goza de ninguna gloria. En Inglaterra, el Rey tiene más gloria que el Primer Ministro, pero el Primer Ministro tiene más poder que el Rey. Muchas personas prefieren la gloria al poder, pero en general estas personas tienen menos efecto en el curso de los acontecimientos que aquellos que prefieren el poder a la gloria. Cuando Blücher, en 1814, vio los palacios de Napoleón, dijo: «¿No era tonto tener todo esto y salir corriendo tras Moscú?». Napoleón, que ciertamente no carecía de vanidad, prefería el poder cuando tenía que elegir. Para Blücher, esta elección parecía tonta. El poder, como la vanidad, es insaciable. Nada menos que la omnipotencia podría satisfacerlo por completo. Y como es especialmente el vicio de hombres enérgicos, la eficacia causal del amor al poder no guarda proporción con su frecuencia. Es, de hecho, por lejos el motivo más fuerte en las vidas de hombres importantes.

El amor al poder aumenta mucho con la experiencia del poder, y esto se aplica tanto al poder pequeño como al de los potentados. En los días felices antes de 1914, cuando las

mujeres adineradas podían adquirir una gran cantidad de sirvientes, su placer en ejercer el poder sobre los domésticos aumentaba constantemente con la edad. Del mismo modo, en cualquier régimen autocrático, los titulares del poder se vuelven cada vez más tiránicos con la experiencia de las delicias que el poder puede permitirles. Dado que el poder sobre los seres humanos se muestra al obligarlos a hacer lo que preferirían no hacer, el hombre que es impulsado por el amor al poder es más propenso a infligir dolor que a permitir el placer. Si usted le pide permiso a su jefe para ausentarse de la oficina en alguna ocasión legítima, su amor por el poder obtendrá más satisfacción de un rechazo que de un consentimiento. Si necesita un permiso de construcción, obviamente el pequeño funcionario involucrado tendrá más placer al decir «No» que al decir «Sí». Es este tipo de cosas lo que hace que el amor al poder sea un motivo tan peligroso.

Pero tiene otros lados que son más deseables. La búsqueda del conocimiento es, creo, principalmente accionada por el amor al poder. Y también lo son todos los avances en la técnica científica. En política, también, un reformador puede tener un amor tan fuerte por el poder como un déspota. Sería un completo error desacreditar el amor al poder como un motivo. Si usted será guiado por este motivo a acciones que son útiles, o a acciones que son perniciosas, depende del sistema social y de sus capacidades. Si sus capacidades son teóricas o técnicas, contribuirá al conocimiento o a la técnica, y, como regla general, su actividad será útil. Si eres un político, puedes ser impulsado por el amor al poder, pero por lo general este motivo se unirá al deseo de ver algún estado de cosas que, por alguna razón, prefieras al status quo. Un gran general puede, como Alcibíades, ser bastante indiferente en cuanto a de qué lado pelea, pero la mayoría de los generales han preferido luchar por su propio país y, por lo tanto, han tenido otros motivos además del amor al poder. El político puede cambiar de bando con tanta frecuencia como para encontrarse siempre en la mayoría, pero la mayoría de los políticos prefieren a una de las partes y subordinan su amor al poder a esta preferencia. El amor por el poder lo más puro posible se puede ver en diferentes tipos de hombres. Un tipo es el soldado de la fortuna, de quien Napoleón es el ejemplo supremo. Creo que Napoleón no tenía preferencia ideológica por Francia sobre Córcega, pero si se hubiera convertido en emperador de Córcega, no habría sido un hombre tan grandioso como se hizo pretendiendo ser un francés. Tales hombres, sin embargo, no son ejemplos puros, ya que también obtienen una inmensa satisfacción de la vanidad. El tipo más puro es el de la “eminencia gris”: el poder detrás del trono que nunca aparece en público, y simplemente se regodea en el pensamiento secreto: "¡Qué poco saben estos títeres quién está tirando de las cuerdas!" El Barón Holstein, que controlaba la política exterior del Imperio Alemán desde 1890 hasta 1906, ilustra este tipo a la perfección. Él vivía en un barrio pobre; él nunca apareció en sociedad; evitó encontrarse con el Emperador, excepto en una sola ocasión en la que la importunidad del Emperador no pudo ser resistida; él rechazó todas las invitaciones a las funciones de la corte, sobre la base de que no tenía vestimenta de corte. Había adquirido secretos que le permitieron chantajear al Canciller y a muchos de los íntimos del Káiser. Usó el poder del chantaje, no para adquirir riqueza, fama ni ninguna otra ventaja obvia, sino simplemente para obligar a la adopción de la política exterior que él prefería. En Oriente, personajes similares no eran muy poco comunes entre los eunucos.

Paso ahora a otros motivos que, aunque en cierto sentido son menos fundamentales que los que hemos estado considerando, siguen siendo de considerable importancia. El primero de

estos es el amor por la emoción. Los seres humanos demuestran su superioridad a los brutos por su capacidad de aburrimiento, aunque a veces he pensado, al examinar a los simios en el zoológico, que tal vez tienen los rudimentos de esta emoción tediosa. Sin embargo, puede ser que la experiencia demuestre que escapar del aburrimiento es uno de los deseos realmente poderosos de casi todos los seres humanos. Cuando los hombres blancos entran en contacto por primera vez con alguna raza virgen de salvajes, les ofrecen todo tipo de beneficios, desde la luz del Evangelio hasta el pastel de calabaza. Estas cosas, sin embargo, por mucho que podamos lamentarlo, la mayoría de los salvajes las reciben con indiferencia. Lo que realmente valoran entre los regalos que les traemos es un licor embriagador que les permite, por primera vez en sus vidas, tener la ilusión por unos breves momentos de que es mejor estar vivo que muerto. Los indios rojos, mientras que todavía no se veían afectados por los hombres blancos, fumaban sus pipas, no tan calmadamente como nosotros, pero de manera orgiástica, inhalando tan profundamente que se hundían en un desmayo. Y cuando la excitación por medio de la nicotina falló, un orador patriótico los agitaría para atacar a una tribu vecina, lo que les daría todo el disfrute que nosotros (según nuestro temperamento) derivamos de una carrera de caballos o una Elección General. El placer del juego consiste casi por completo en la emoción. Monsieur Huc describe a los comerciantes chinos en la Gran Muralla en invierno, apostando hasta que han perdido todo su efectivo, luego procediendo a perder toda su mercadería y, finalmente, apostando su ropa y saliendo desnudos a morir de frío. Con los hombres civilizados, como con las primitivas tribus de indios rojos, creo que es principalmente el amor a la excitación lo que hace que la población aplauda cuando estalla la guerra; la emoción es exactamente la misma que en un partido de fútbol, aunque los resultados a veces son un poco más serios.

No es del todo fácil decidir cuál es la causa raíz del amor a la emoción. Me inclino a pensar que nuestro maquillaje mental se adapta a la etapa en que los hombres vivían de la caza. Cuando un hombre pasó un largo día con armas muy primitivas acechando a un ciervo con la esperanza de cenar, y cuando, al final del día, arrastró el cadáver triunfalmente a su cueva, se desplomó satisfecho y cansado, mientras su esposa condimentaba y cocinaba la carne. Tenía sueño y le dolían los huesos, y el olor a comida llenaba cada rincón y cada grieta de su conciencia. Finalmente, después de comer, se sumía en un profundo sueño. En una vida así no había tiempo ni energía para el aburrimiento. Pero cuando se dedicó a la agricultura e hizo que su esposa hiciera todo el trabajo pesado en los campos, tuvo tiempo para reflexionar sobre la vanidad de la vida humana, para inventar mitologías y sistemas de filosofía, y para soñar con la vida futura en la que él cazaría perpetuamente al jabalí de Valhala. Nuestro maquillaje mental es adecuado para una vida de trabajo físico muy severo. Yo solía, cuando era más joven, tomar mis vacaciones caminando. Cubría veinticinco millas por día, y cuando llegaba la noche no tenía necesidad de nada para evitar el aburrimiento, ya que la satisfacción de sentarme era suficiente. Pero la vida moderna no puede llevarse a cabo sobre estos principios físicamente extenuantes. Una gran cantidad de trabajo es sedentaria, y la mayoría del trabajo manual emplea sólo unos pocos músculos especializados. Cuando las multitudes se reúnen en Trafalgar Square para animar al eco del anuncio de que el gobierno ha decidido matarlos, no lo harían si todos hubieran caminado veinticinco millas ese día. Esta cura para la belicosidad es, sin embargo, impracticable, y si la raza humana va a sobrevivir -una cosa que es, tal vez, indeseable- se deben encontrar otros medios para asegurar una salida inocente para la energía física no utilizada que produce amor por la excitación. Éste es un asunto que ha sido muy poco considerado, tanto

por los moralistas como por los reformadores sociales. Los reformadores sociales son de la opinión de que tienen cosas más serias que considerar. Los moralistas, por otro lado, están inmensamente impresionados con la seriedad de todas las salidas permitidas del amor a la emoción; la seriedad, sin embargo, en sus mentes, es la del Pecado. Los salones de baile, los cines, esta era del jazz, son todos, si creemos en nuestros oídos, puertas de entrada al Infierno, y deberíamos, mejor, estar sentados en casa contemplando nuestros pecados. Me siento incapaz de estar totalmente de acuerdo con los hombres graves que pronuncian estas advertencias. El diablo tiene muchas formas, algunas diseñadas para engañar a los jóvenes, algunas diseñadas para engañar a los viejos y a los serios. Si es el diablo quien tienta a los jóvenes a divertirse, ¿no es acaso el mismo personaje el que persuade a los viejos para que condenen su disfrute? ¿Y acaso la condena no es simplemente una forma de emoción apropiada para la vejez? ¿Y acaso no es una droga que, como el opio, debe tomarse en dosis continuamente más fuertes para producir el efecto deseado? ¿No es de temer que, comenzando con la perversidad del cine, se nos guíe paso a paso para condenar al partido político opuesto, extranjeros, inmigrantes, asiáticos, y, en resumen, a todos menos a los miembros de nuestro club? Y es de tales condenas, cuando están generalizadas, que las guerras proceden. Nunca he oído hablar de una guerra que proceda de los salones de baile.

Lo que es serio acerca de la emoción es que muchas de sus formas son destructivas. Es destructivo en aquellos que no pueden resistir el exceso en el alcohol o el juego. Es destructivo cuando toma la forma de violencia colectiva. Y, sobre todo, es destructivo cuando lleva a la guerra. Es una necesidad tan profunda que encontrará salidas dañinas de este tipo a menos que haya inocentes válvulas de escape a mano. En la actualidad, hay estas válvulas de escape inocentes en el deporte y en la política, siempre que se mantengan dentro de los límites constitucionales. Pero estos no son suficientes, especialmente porque el tipo de política que es más emocionante es también el tipo que causa más daño. La vida civilizada se ha vuelto demasiado mansa y, para ser estable, debe proporcionar salidas inocuas para los impulsos que nuestros ancestros remotos satisficieron al cazar. En Australia, donde la gente es poca y los conejos son muchos, observé a toda una población satisfacer el impulso primitivo de una manera primitiva mediante la hábil matanza de muchos miles de conejos. Pero en Londres o Nueva York deben encontrarse otros medios para satisfacer el impulso primitivo. Creo que cada gran ciudad debería contener cascadas artificiales a las que la gente pudiera descender en canoas muy frágiles, y deberían contener piscinas llenas de tiburones mecánicos. Cualquier persona encontrada abogando por una “guerra preventiva” debería ser condenada a dos horas por día con estos ingeniosos monstruos. Más en serio, deben hacerse esfuerzos para proporcionar salidas constructivas para el amor de la emoción. Nada en el mundo es más emocionante que un momento de descubrimiento o invención repentina, y muchas más personas son capaces de experimentar esos momentos de lo que a veces se piensa.

Entretejidos con muchos otros motivos políticos hay dos pasiones estrechamente relacionadas a las que los seres humanos son lamentablemente propensos: me refiero al miedo y al odio. Es normal odiar lo que tememos, y sucede con frecuencia, aunque no siempre, que tememos lo que odiamos. Creo que se puede tomar como la regla entre los hombres primitivos, que ambos temen y odian lo que no les es familiar. Tienen su propia manada, originalmente muy pequeña. Y dentro de una manada, todos son amigos, a menos que haya algún motivo especial de enemistad. Otros rebaños son enemigos potenciales o

reales; un miembro de uno de ellos que se desvía por accidente será asesinado. Se evitará o se combatirá una manada alienígena en su conjunto de acuerdo con las circunstancias. Es este mecanismo primitivo el que todavía controla nuestra reacción instintiva hacia las naciones extranjeras. La persona que no ha viajado en absoluto verá a todos los extranjeros, como el salvaje ve a un miembro de otra manada. Pero el hombre que ha viajado, o que ha estudiado la política internacional, habrá descubierto que, para que su rebaño prospere, debe, hasta cierto punto, amalgamarse con otros rebaños. Si eres inglés y alguien te dice: «Los franceses son tus hermanos», tu primer sentimiento instintivo será: «Tonterías». Se encogen de hombros y hablan francés. Incluso me han dicho que comen ranas. Si él les explica que tendremos que luchar contra los rusos, de ser así, será conveniente defender la línea del Rin, y eso sí, si la línea del Rin debe ser defendida, la ayuda de los franceses es esencial, comenzarás a ver lo que quiere decir cuando digas que los franceses son tus hermanos. Pero si algún compañero de viaje llegara a decir que los rusos también son sus hermanos, no podría persuadirlo, a menos que pudiera demostrar que estamos en peligro de los marcianos. Amamos a los que odian a nuestros enemigos, y si no tuviéramos enemigos, habría muy pocas personas a quienes amaríamos.

Todo esto, sin embargo, sólo es cierto siempre que nos preocupemos únicamente por las actitudes hacia otros seres humanos. Puede considerar al suelo como su enemigo porque produce a regañadientes un sustento insignificante. Puede considerar a la Madre Naturaleza en general como su enemiga, y concebir la vida humana como una lucha para obtener lo mejor de la Madre Naturaleza. Si los hombres vieran la vida de esta manera, la cooperación de toda la raza humana sería fácil. Y los hombres podrían ser fácilmente llevados a ver la vida de esta manera si las escuelas, los periódicos y los políticos se dedicaran a este fin. Pero las escuelas están dedicadas a enseñar patriotismo; los periódicos están listos para despertar la emoción; y los políticos están abocados a ser reelegidos. Ninguno de los tres, por lo tanto, puede hacer nada para salvar a la raza humana del suicidio recíproco.

Hay dos maneras de enfrentar el miedo: una es disminuir el peligro externo, y la otra es cultivar la resistencia estoica. Esto último puede ser reforzado, excepto donde sea necesaria una acción inmediata, alejando nuestros pensamientos de la causa del miedo. La conquista del miedo es de gran importancia. El miedo es en sí mismo degradante; se convierte fácilmente en una obsesión; produce odio a lo que se teme, y conduce a los excesos de la crueldad. Nada tiene un efecto tan benéfico sobre los seres humanos como la seguridad. Si se pudiera establecer un sistema internacional que elimine el miedo a la guerra, la mejora en la mentalidad cotidiana de la gente común sería enorme y muy rápida. El miedo, en la actualidad, eclipsa el mundo. La bomba atómica y la bomba bacteriana, esgrimidas por el malvado comunista o el perverso capitalista según sea el caso, hacen estremecer a Washington y al Kremlin y conducen a los hombres más lejos en el camino hacia el abismo. Si las cosas van a mejorar, el primer y esencial paso es encontrar una forma de disminuir el miedo. El mundo en la actualidad está obsesionado por el conflicto de las ideologías rivales, y una de las causas evidentes del conflicto es el deseo de la victoria de nuestra propia ideología y la derrota del otro. No creo que el motivo fundamental aquí tenga mucho que ver con las ideologías. Creo que las ideologías son simplemente una forma de agrupar a las personas, y que las pasiones involucradas son meramente las que siempre surgen entre grupos rivales. Hay, por supuesto, varias razones para odiar a los comunistas. En primer lugar, creemos que desean quitarnos nuestra propiedad. Pero

también lo hacen los ladrones, y aunque desaprobamos a los ladrones, nuestra actitud hacia ellos es muy diferente de nuestra actitud hacia los comunistas, principalmente porque no inspiran el mismo grado de miedo. En segundo lugar, odiamos a los comunistas porque son irreligiosos. Pero los chinos han sido irreligiosos desde el siglo XI, y sólo comenzamos a odiarlos cuando depusieron a Chiang Kai-shek. En tercer lugar, odiamos a los comunistas porque no creen en la democracia, pero consideramos que esto no es motivo para odiar a Franco. En cuarto lugar, los odiamos porque no permiten la libertad; esto lo sentimos tan fuertemente que hemos decidido imitarlos. Es obvio que ninguno de estos es el verdadero motivo de nuestro odio. Los odiamos porque les tememos y nos amenazan. Si los rusos siguieran adhiriendo a la religión ortodoxa griega, si hubieran instituido el gobierno parlamentario, y si tuvieran una prensa completamente libre que nos vituperara diariamente, entonces, con tal de que todavía tuvieran fuerzas armadas tan poderosas como ahora, todavía seguiríamos odiándolos, si nos dieran pie para pensar que son hostiles. Existe, por supuesto, el odium theologicum, y puede ser una causa de enemistad. Pero creo que esto es una consecuencia del sentimiento de rebaño: el hombre que tiene una teología diferente se lo percibe como extraño, y lo que sea extraño debe ser peligroso. Las ideologías, de hecho, son uno de los métodos mediante los cuales se crean manadas, y la psicología subyacente es muy parecida, independientemente de cómo se haya generado la manada.

Es posible que ustedes hayan sentido que he dado lugar sólo a los motivos desagradables o, en el mejor de los casos, a los que son éticamente neutros. Me temo que, en general, éstos son más poderosos que los motivos más altruistas, pero no niego que existan motivos altruistas y que, en ocasiones, sean efectivos. La agitación contra la esclavitud en Inglaterra a principios del siglo XIX fue indudablemente altruista y fue completamente efectiva. Su altruismo quedó demostrado por el hecho de que en 1833 los contribuyentes británicos pagaron muchos millones en compensación a los propietarios de tierras jamaicanas por la liberación de sus esclavos, y también por el hecho de que en el Congreso de Viena el gobierno británico estaba dispuesto a hacer importantes concesiones con vistas a inducir a otras naciones a abandonar la trata de esclavos. Ésta es una instancia del pasado, pero los Estados Unidos actuales han dado instancias igualmente notables. Sin embargo, no entraré en esto, ya que no deseo embarcarme en las actuales controversias.

No creo que se pueda cuestionar que la compasión sea un motivo genuino, y que algunas personas en algún momento se sientan algo incómodas por el sufrimiento de otras personas. Es la compasión lo que ha producido los muchos avances humanitarios de los últimos cien años. Estamos conmocionados cuando escuchamos historias de malos tratos a lunáticos, y ahora hay bastantes asilos en los que no son maltratados. Se supone que los prisioneros en los países occidentales no deben ser torturados, y cuando lo son, hay una protesta si se descubren los hechos. No aprobamos tratar a los huérfanos como son tratados en *Oliver Twist*. Los países protestantes desaprueban la crueldad hacia los animales. De todas estas maneras, la compasión ha sido políticamente efectiva. Si se eliminara el temor a la guerra, su efectividad sería mucho mayor. Tal vez la mejor esperanza para el futuro de la humanidad es encontrar formas de aumentar el alcance y la intensidad de la compasión.

Ha llegado el momento de resumir nuestra discusión. La política se ocupa de las manadas más que de los individuos, y las pasiones que son importantes en la política son, por lo

tanto, aquellas en las que los diversos miembros de una manada determinada pueden sentirse iguales. El amplio mecanismo instintivo sobre el cual se deben construir edificios políticos es el de la cooperación dentro del rebaño y de la hostilidad hacia otros rebaños. La cooperación dentro de la manada nunca es perfecta. Hay miembros que no se conforman, que son, en el sentido etimológico, "egregios", es decir, fuera del rebaño. Estos miembros son aquellos que han caído por debajo, o se han elevado por encima del nivel ordinario. Ellos son: idiotas, criminales, profetas y descubridores. Una manada sabia aprenderá a tolerar la excentricidad de aquellos que se elevan por encima del promedio, y a tratar con un mínimo de ferocidad a los que caen por debajo de ella.

En cuanto a las relaciones con otros rebaños, la técnica moderna ha producido un conflicto entre el interés propio y el instinto. En tiempos pasados, cuando dos tribus fueron a la guerra, una de ellas exterminó a la otra y anexó su territorio. Desde el punto de vista del vencedor, toda la operación fue completamente satisfactoria. La muerte no fue para nada cara, y la emoción fue agradable. No es de extrañar que, en tales circunstancias, la guerra persistiera. Desafortunadamente, todavía tenemos las emociones apropiadas para una guerra tan primitiva, mientras que las operaciones reales de guerra han cambiado por completo. Matar a un enemigo en una guerra moderna es una operación muy costosa. Si se considera cuántos alemanes fueron asesinados en la última guerra y cuánto pagan los vencedores en impuestos, se puede, con un cálculo apropiado, descubrir el costo de un alemán muerto, y lo encontrará considerable. En Oriente, es verdad, los enemigos de los alemanes han asegurado las antiguas ventajas de expulsar a la población derrotada y ocupar sus tierras. Los vencedores occidentales, sin embargo, no han obtenido tales ventajas. Es obvio que la guerra moderna no es un buen negocio desde el punto de vista financiero. Aunque ganamos las dos guerras mundiales, ahora seríamos sin duda mucho más ricos si no hubieran ocurrido. Si los hombres estuvieran impulsados por su propio interés, lo que no es así, excepto en el caso de unos pocos santos, la totalidad de la raza humana cooperaría. No habría más guerras, no más ejércitos, no más escuadras, no más bombas atómicas. No habría ejércitos de propagandistas empleados en envenenar las mentes de la Nación A contra la Nación B, y recíprocamente de la Nación B contra la Nación A. No habría ejércitos de inspectores en las fronteras para impedir la entrada de libros extranjeros y de ideas extranjeras, aunque sean excelentes en sí mismos... Todo esto ocurriría muy rápidamente si los hombres desearan su propia felicidad tan ardientemente como desean la miseria de sus vecinos. Pero, me preguntaréis, ¿qué utilidad tienen todos estos sueños utópicos? Los moralistas ya se ocupan de que no nos volvamos totalmente egoístas, y hasta que no lo seamos, el milenio será imposible.

No quisiera terminar con una nota de cinismo. No niego que haya cosas mejores que el egoísmo y que algunos lleven a cabo estas cosas. Sin embargo, sostengo, por una parte, que hay pocas ocasiones para que grandes conjuntos de hombres, tales como los que están relacionados con la política, puedan elevarse por encima del egoísmo, si se entiende el egoísmo como inteligente interés en sí mismo.

Y entre las ocasiones en que la gente cae por debajo del propio interés, la mayoría son aquellas en que está convencido de que está actuando por motivos idealistas. Mucho de lo que pasa por idealismo es odio o amor al poder enmascarado. Cuando ves grandes masas de hombres influidos por lo que parecen ser motivos nobles, es mejor mirar debajo de la

superficie y preguntarte qué es lo que hace que estos motivos sean efectivos. En parte porque es tan fácil dejarse atrapar por una fachada de nobleza que vale la pena hacer una investigación psicológica, como la que he estado intentando hacer. Diría, en conclusión, que si lo que dije es correcto, lo más importante para hacer feliz al mundo es la inteligencia. Y esto, después de todo, es una conclusión optimista, porque la inteligencia es algo que puede fomentarse mediante métodos conocidos de educación.